

Testimonio

«Muy Señores míos:

Me es grato anunciarles un pequeño milagro obtenido gracias a la oración de Fray Juan González Arintero: apenas la empecé se verificó lo que esperaba tanto: la fuerza de la gracia para mi hijo de salirse de un café donde podía, alargándose esa peligrosa estancia de noche en París, quedarse hasta muy tarde en la noche y... perder su trabajo para siempre al no presentarse a la hora a la mañana siguiente.

Terminé la oración en agradecimiento, pues acababa Samuel de telefonarme desde su apartamento adonde había vuelto pronto. Esta *velocidad* para regresar muy pronto la debo a la *rápida intervención* del santo, que se me ocurrió hacer intervenir en ese momento. Me pareció que fue sobrenatural, pues nada hacía presagiar que hubiera yo de servirme de esta oración que tenía por casualidad al alcance de la mano» (*Mme. Nicole Malinterni*).

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca

E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €).

A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €).

Están disponibles estampas (0,10 €) y devocionarios del *Amor Misericordioso* y de *María Mediadora* (2 €).

P. Juan G. Arintero, O.P.

–Apóstol del Amor Misericordioso–

Boletín Informativo

Año II –nº 1– Enero-Abril 2007

Causa de Canonización

Promotor: *Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.*

«Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen» (P. Arintero).

EDITORIAL

Una emotiva despedida

No sabemos con precisión de cuando data la vocación religiosa y dominicana del P. Arintero, pero ya desde su niñez destacó por su sencilla y sincera piedad religiosa. Su primer biógrafo, el P. Adriano Suárez, O.P., nos dice que «niños de condiciones iguales, y, a primera vista, superiores a Juanín, se encontraban a miles», pero que hicieran tan buen uso de sus nada deslumbradores talentos y dones, orientándolos hacia Dios, se encontraban pocos. Desde esta primera etapa de su vida Juanín se caracterizaba por ser bondadoso, vivo y risueño, aunque habitualmente no era muy expansivo. Estaba impregnado de espíritu religioso. El carácter de su niñez y adolescencia destacaba sobre todo por su «candidez» o «inocencia». A esto hay que añadir su inteligencia viva y despierta, su carácter reflexivo, su voluntad enérgica, que se convirtió en una especie de resorte y en el eje central de su personalidad que tanto admiraron quienes le conocieron y trataron de cerca.

Juanín conocía a otros jóvenes paisanos suyos e incluso alguno de ellos pariente, que se habían ido ya al convento dominicano de Corias (Asturias). Desde allí le llegaban noticias alentadoras. Iba creciendo en él la ilusión de tomar el mismo camino, para ello se preparaba con mucho esfuerzo, deseando alcanzar la edad requerida para dar ese paso tan importante en su vida.

A los catorce años comunicó a su familia la firme decisión de irse al convento. Para entonces su padre ya había fallecido. Para su madre tal decisión fue muy dolorosa, pero no opuso resistencia. Su primer biógrafo nos cuenta que, aunque era muy sensible y quería con todas sus fuerzas a su madre y a sus hermanos, estaba tan contento por

marchar al convento que ni una lágrima le traicionó, y trataba de consolar y alentar a los suyos.

Cuando Arintero tenía algo más de diez y seis años comenzó a escribir un cuadernillo en el que recoge el recuerdo de su despedida. Ese cuadernillo, escrito con carácter meramente privado y personal, se encontró entre sus papeles después de su muerte. Él mismo lo tituló *Apuntes de lo que sucedió*. Este «ingenuo relato» –como lo califica su primer biógrafo– sólo abarca los primeros años de su vida –completado por unas largas tiras de papel– y no pasa de los primeros días del año 1880, es decir, hasta antes de cumplir él los veinte años. Es una lástima que hoy día dicho cuaderno haya desaparecido, aunque gran parte de su contenido lo transcribió el P. Adriano Suárez.

Cedemos la palabra al P. Arintero para que él nos cuente cómo fue la emotiva despedida de su familia antes de ingresar en la Orden dominicana:

«El cinco de abril [1875] fui a Boñar; y a los pocos días tuve otra carta del Convento, y me contentó, por acercarse el tiempo de ir para él [...] fui a la casa del Sr. Cura; me despedí de él; llamé a don Gregorio y marché con él a Tolivia, por Valdemaría y estuve en su casa. Fue él conmigo a Lugueros y encontramos en el camino a mi hermana Catalina, que me dijo que aquel día marchaba. Llegué a Lugueros y fui con don Gregorio a misa, y, al salir, me dijo mi madre que me *despidiera de aquellos santos*.

Después me parece que esperé con D. Gregorio a que saliera el señor Cura, y fuimos con él a su casa por un certificado. Después de estar D. Gregorio conmigo un gran rato, viendo que no venía de Tolivia el Sr. Francisco, para ya marchar, marchó él, y yo fui a despedirme de él hasta lo alto del puente, y de allí me volví y preparé para poder marchar. Me despedí de mis tíos, de mi tía Gabriela y de Pascuala... Cuando me estaba preparando para marchar, llegó Segunda corriendo, porque tenía que marcharse y no poderme luego ver... Y lloraba, y también mi madre y mis hermanas, y decía: “¿Cómo no lloraba?” *Pues estaba muy contento, deseando marchar luego...*

Al tiempo de comer, yo apenas comí, y eso poco creo que de pie; pues estaba inquieto por marchar. Fui a casa del Sr. Juan Antonio, y ya creo que estaba allí el Sr. Francisco. Luego que volví a casa, preparadas las caballerías,

marchamos. Al marchar, mi madre me abrazó debajo de la escalera, y lloraba mucho, y, aunque yo estaba muy contento, me enternecí algo, y después Catalina me abrazó también. Me despedía yo de todos los que estaban allí, y mi madre lloraba a voces... Un rato antes de marchar vinieron Emilia y Josefa, y, no pudiendo aguardar, fueron para Tolivia, y yo fui a despedirme de ellas hasta la pradera de los Quiñones, y lloraban ambas, y Josefa me abrazó... Cuando me estaba despidiendo de los que estaban en casa, iba andando poco a poco, hasta que llegué a la calle, había mucha gente de los parientes. Después fui a casa de D. Manuel, y me despedí de él... Al salir, encontré a Lucas, que entonces venía de Tolivia, y fui con él a la casa de Juan Antonio. Al ir aún se oía dar voces a mi madre, y sería porque me veía pasar. Luego que llegué y después que vi que no estaba mi hermano, marché, pero por la calle primera, para que no me viera mi madre. Lo hallé al acabarse la calle, y había mucha gente de los parientes, y entre ellos me parece que estaban Gaspar y Lucas. Allí me puse a caballo y me despedí de todos... Luego que pasé el puente, encontré gente de la hacendera en el molino, dije adiós a todos, y di la mano a Saturnino y Cándido, y, me parece que también a Eloy. Después marché con mi hermano y el Sr. Francisco».

Es sin duda un relato conmovedor como tantos otros que podemos encontrar a diario en la vida de la gente, pero en este caso nos permite asomarnos al corazón del Arintero adolescente. Aquella despedida de su madre fue definitiva, pues nunca más la volvió a ver en este mundo, ya que falleció a los dos años de estar él en Corias.

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo <i>Juan González Arintero</i> por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese <i>conocido, amado, imitado y ofrecido</i> tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.
--

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.